

Antonio
Alcalá
Alba

El estudio del lenguaje humano

La lingüística, ciencia relativamente nueva, es aún poco conocida. Quizás haya a quien le parezca extraño o imposible que exista una ciencia específica cuyo objeto exclusivo de investigación sea la lengua misma. Por lo general se piensa que la lingüística consiste en el aprendizaje de muchas lenguas, o en la actividad normativa del lenguaje (el conocimiento del uso correcto del idioma).

Pues bien, la lingüística no consiste en lo uno ni en lo otro. Su objeto de estudio es la estructura que sostiene al lenguaje en general y a las lenguas, pero hablarlas no es el objetivo principal del lingüista, sino descubrir su organización y su funcionamiento. En cuanto al uso correcto de la lengua (la corrección lingüística), también es común que el lingüista lo conozca suficientemente, pero lo adquiere más como hablante que como científico, porque éste (el uso correcto) depende —en mayor proporción— de fenómenos sociales que de causas lingüísticas. El lingüista puede explicar las mutaciones experimentadas por una lengua, pero no señalar las preferencias por determinadas formas que originan la marcha evolutiva de ella (ya que son los hablantes los que admiten o rechazan los usos). La influencia que puede tener el lingüista en el fenómeno de la corrección se realiza como consejero o asesor de organismos oficiales dedicados a la enseñanza de la lengua (escuelas) o de los medios masivos de comunicación, dado que en la actualidad son estos últimos los que determinan —de manera sustancial— la marcha de la lengua, al presentar a los hablantes ciertas formas lingüísticas de manera reiterada.

Así pues, la metodología y los objetivos de la lingüística son más amplios que los dos enunciados anteriormente. Esta disciplina pretende explicar la esencia, la naturaleza y el funcionamiento de la expresión verbal humana.

Hasta hace muy poco tiempo era una ciencia a la que tenía acceso escaso número de personas, pero en los últimos años se ha hecho un gran esfuerzo para difundir estos conocimientos. Han proliferado, en casi toda las lenguas de cultura, manuales de iniciación lingüística y aun revistas especializadas en esta materia. El resultado de este hecho ha sido positivo porque ha permitido seguir el paso acelerado de las investigaciones en este terreno, ya que *la lingüística* es una ciencia en constante movimiento, al grado que afirmaciones que se tenían por seguras hace diez o doce años han quedado superadas.

El intenso movimiento científico en este campo del conocimiento se debe —en gran medida— a la multiplicidad de enfoques o planos de análisis en los que se está trabajando. El lenguaje es observado y descrito minuciosamente desde muchos puntos de vista y partiendo de premisas muy diversas. Esto no quiere decir en forma alguna que se haya agotado su estudio. Por el contrario, hay campos de análisis en los que se ha avanzado muy poco, por no decir nada. En otros, en cambio, los resultados han sido excelentes. Consecuencia de esto es que el término *lingüística*

resulta inapropiado en la actualidad, porque induce a pensar que se trata de una sola ciencia y tal cosa no corresponde a la realidad. Quizá en poco tiempo veamos aparecer un término más acorde con lo que efectivamente sucede y que pudiera ser el de *ciencias lingüísticas* o *ciencias del lenguaje*, pues de hecho se trata de varias disciplinas que tienen el mismo objeto material, pero difieren en su objeto formal.

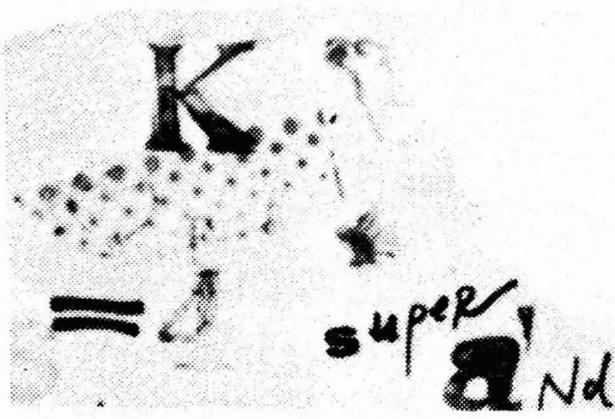
A la diversidad científica se ha agregado otra dificultad más en estos estudios: la diversidad terminológica. La investigación paralela, de diferentes aspectos del lenguaje, que actualmente se lleva a cabo, ha originado que cada disciplina lingüística presente diferentes teorías o caminos para solucionar problemas concretos, y cada una de ellas acude a terminologías diferentes en su afán de lograr estricta coherencia. Sin embargo, basta un poco de buena voluntad por parte de quien desea iniciarse en esta rama del conocimiento para encontrar las semejanzas y las diferencias —a veces de detalle— que existen entre los sistemas terminológicos.

Influencia de la lingüística moderna

El éxito en las investigaciones del lenguaje ha llevado a la aplicación —no siempre acertada— de los métodos lingüísticos a otras ciencias, pues, en cierta forma, puede afirmarse que *la lingüística* ha estado de moda durante el presente siglo. Además, al ver los aciertos que se han logrado en el ordenamiento de fenómenos aparentemente caóticos e imprevisibles como son los del lenguaje, otras ciencias los han incorporado a sus métodos de trabajo. Piénsese, por ejemplo, en la etnología, la historia de las religiones, la sociología, la economía política, la historia del arte, de la filosofía y la crítica literaria, que ha adoptado el concepto de *estructura* como instrumento de trabajo. Piénsese, también, en enfoques científicos particulares que parten ya directamente de los postulados fonológicos (lingüísticos) de Trubetzkoy y Jakobson, como la escuela sociológica y etnológica de Claude Lévi-Strauss, la mitología de Georges Dumézil, la interpretación del psicoanálisis de J. Lacan, la fundamentación teórica del marxismo de L. Althusser, la crítica literaria de Roland Barthes o la arqueología de las ciencias humanas de Michel Foucault.

Es verdad que la aplicación de estos métodos a otros campos del conocimiento necesariamente ha llevado a una pérdida en el rigor de los términos; sin embargo, no puede decirse que las inexactitudes se hayan propagado al campo lingüístico, por cuanto que estas aplicaciones a otras ciencias fueron posteriores a su uso en la investigación del fenómeno lingüístico. Por otra parte, el llevar un método científico a otras ciencias tiene factores positivos y negativos. Positivos en cuanto se demuestran sus bondades; negativos en cuanto que es imposible que no se modifiquen sus relaciones, o que sus términos coincidan exactamente con la realidad originalmente nombrada, en todo o en parte.





Sin embargo, en este caso, es el pago que debía hacer una disciplina que logró pasar, en poco tiempo, de un nivel bastante confuso a otro de loable organización científica (por lo menos en lo que se refiere a la fonología).

La teoría del lenguaje

El lenguaje humano se ha estudiado a lo largo de la historia desde múltiples puntos de vista. Los resultados pueden agruparse en dos apartados: estudios internos y estudios externos. Los primeros tratan de entender el *proceso* que se realiza al hablar, y aunque son los más antiguos, también son los que menos han avanzado. Los externos o las descripciones de su funcionamiento han alcanzado niveles muy sofisticados y perfectos; sin embargo, sus cultivadores pronto se han dado cuenta que hay elementos lingüísticos que no aparecen en las formas externas. En la actualidad la *Gramática Generativa Transformacional* pretende, con la creación de dos niveles en el análisis (estructuras superficiales y estructuras profundas), hermanar los dos tipos de investigación de manera tal que lleguen a complementarse, y así lograr, por el lenguaje, el conocimiento de la inteligencia.

Ahora bien, cualquier razonamiento que nos propongamos acerca de la forma de expresarnos como seres humanos nos lleva a la pregunta inicial: y bien ¿qué es lenguaje?

La pregunta ha sido repetida a través de muchos siglos y dista mucho todavía de haber sido contestada satisfactoriamente. Quizás las respuestas que pudieran darnos un filósofo de la Antigüedad y un lingüista actual, en esencia, no diferirían mucho. Estaría más diversificada la del lingüista, pero siempre se referiría a la parte externa del lenguaje, o sea a su descripción. Al llegar a la pregunta sobre el proceso de la actividad lingüística nos encontramos sólo con teorías.

Así, por ejemplo, Platón, en su diálogo *Cratilo*, dice que el lenguaje es la relación que existe entre las cosas y las palabras que sirven para designarlas; y también, que las personas se entienden entre sí por medio del lenguaje. Por su parte, Noam Chomsky, lingüista norteamericano, nacido en 1928, señala que el lenguaje es un medio destinado, a la vez, a la creación y a la expresión del pensamiento en el sentido más amplio; es decir, es un hecho que responde a una doble necesidad del individuo: organizar el mundo observado (necesidad de pensar) y transmitir al exterior los juicios y los sentimientos que se producen en la conciencia del ser humano. Ambos, el filósofo y el lingüista, coinciden en que es una actividad propia del hombre y en que sirve para relacionar los objetos con el conocimiento que tenemos de ellos; pero ambos, también, son incapaces de decirnos cómo se efectúa este proceso, esta doble relación entre los sonidos y lo significado por ellos, por una parte, y entre los significados y sus contextos, por la otra.

Roman Jakobson ha sido muy explícito en este punto: afirma

que el trabajo más importante que debe desarrollar *la lingüística*, en todos los niveles en que trabaja, consiste en estudiar la relación que hay entre el significado general de un signo verbal y su contexto, ya que la dependencia contextual es la característica específica de las lenguas humanas y, además, es previa a la creatividad. Es decir, que los seres humanos creamos mensajes verbales gracias a que tenemos la capacidad de *construir* comunicados; de hacer que las palabras que los forman se refieran por igual a las que les anteceden y a las que les siguen. De esta manera, el hombre no sólo nombra las cosas, sino también las relaciona ordenadamente por medio de las frases.

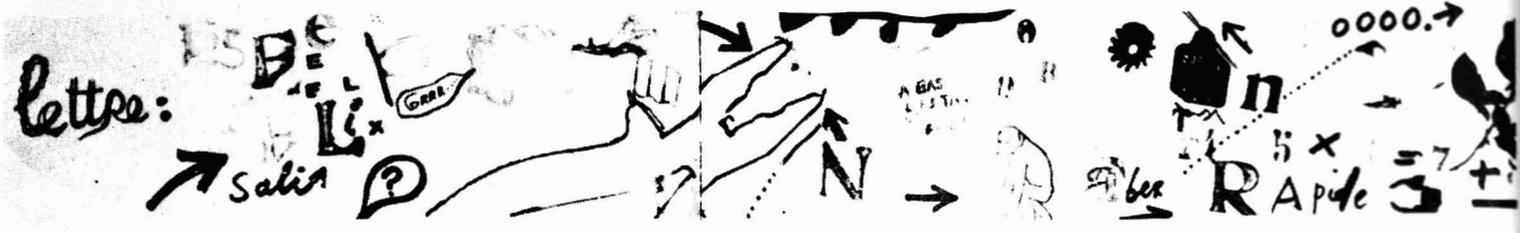
La dependencia contextual, el partir del conocimiento que tenemos de las cosas nos permite utilizar, cuando hablamos, dos elementos que están en continua tensión: por una parte, queremos explicitar lo que pretendemos decir; por la otra, procuramos suprimir las palabras o frases que son innecesarias. La doble tendencia hacia la explicitación y hacia la elipsis, nos permite comunicarnos de una manera clara y, a la vez, no repetitiva.

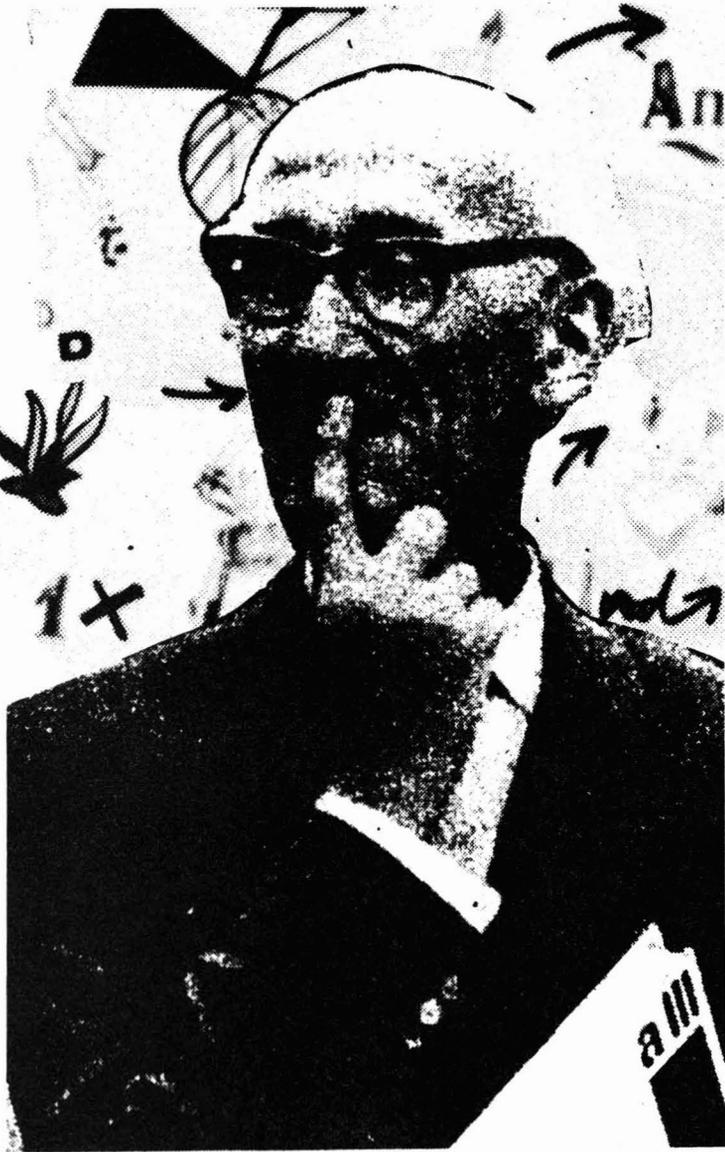
Estas características del lenguaje humano fueron, sin duda, las que llevaron a Descartes a sostener que el único indicio que nos permite afirmar que otro cuerpo posee entendimiento y no es un autómatas, es su capacidad de usar el lenguaje de un modo normal. Porque este *construir* frases no es otra cosa que el aspecto creador del uso lingüístico; es expresar razonamientos nuevos y entender expresiones que nunca se habían escuchado. Sin embargo las creaciones del hablante no se dan de manera caótica sino dentro de los límites de una lengua dada.

La capacidad humana de *construir* permite también a la inteligencia edificar sistemas de reflexión o teorías científicas mediante sus propios recursos. Dichos sistemas —lo sabemos— producen mensajes o conocimientos distintos de aquellos de los cuales partieron. Estas construcciones intelectuales son hechas por medio del lenguaje —imprescindible al pensamiento—, ya que pensamos en palabras. Por este motivo en la actualidad se duda —por lo menos algunos autores lo hacen— si existen dos facultades distintas en el hombre: pensar y hablar o si —como otros afirman— se trata sólo de dos aspectos de una sola que sería *pensar-hablar*; por cuanto que, como ya se dijo, pensamos en palabras y hablamos expresando juicios, que pueden estar acordes o no con la realidad. En torno a este problema, un eminente lingüista ha expresado “lenta pero firmemente se está imponiendo la conciencia de que existe una gran distancia —mejor sería decir un abismo infranqueable— entre el sistema de conceptos que somos capaces de comprender de un modo suficientemente claro, de un lado; y la naturaleza de la inteligencia humana, del otro”.

Capacidad creadora del hombre

Innumerables son los autores que a lo largo de los años y en una u





otra forma se han referido a la capacidad creadora lingüístico intelectual del hombre. Teorías de la expresión como las de Herder, Humboldt o Croce se sustentaron en ella. Otros autores menos conocidos, también la han descrito en forma bastante acertada. Por ejemplo, Juan Huarte de San Juan, médico español del siglo XVI, escribe que las inteligencias normales son tales "que con sólo el objeto y su entendimiento, sin ayuda de nadie, paren mil conceptos que jamás se vieron ni oyeron... inventando y diciendo lo que jamás oyeron a sus maestros ni a otro ninguno". Dentro de las facultades naturales del hombre está, pues, el ordenar elementos para producir mensajes distintos de los que se han oído. Así, el lenguaje humano no es sólo problema de formación de hábitos (repetición de palabras o frases), sino también de crear nuevas unidades de comunicación y nuevos contenidos, por medio de un complejo y abstracto sistema de reglas.

Lo notable de todo esto es que la capacidad de hablar y pensar —altamente compleja— aparece en todos los seres humanos, incluidos los más tontos. Podría pensar en un animal que pudiera solucionar determinados problemas más fácilmente que un niño tonto, pero no podremos encontrar que el animal hable siquiera como lo hace un *afásico*; y no me refiero al parlotear de los loros, que bien sabemos sólo emiten sonidos sin conceptualizar. Así pues, de todos los animales que pueblan el mundo sólo el hombre puede comunicarse con sus semejantes de manera verbal.

El conocimiento o el dominio de una lengua dada no es de la

misma naturaleza que otros tipos de conocimiento, por ejemplo, el de la física espacial. Este último tiene varias características: se necesita un gran esfuerzo y disciplina metodológica para adquirirlo; no todo ser humano lo alcanza; presupone una gran cantidad de conocimientos seriados en el grado de dificultad y, además el cuerpo total de conocimientos que presenta se debe a los esfuerzos de muchos investigadores.

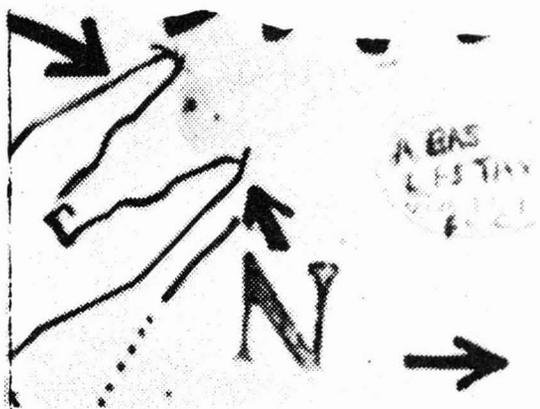
No ocurre lo mismo con el conocimiento de una lengua. Esta se adquiere en poco tiempo relativamente, y casi siempre se entiende antes de hablarse. Alguien pudiera pensar que nos cuesta más trabajo aprender una ciencia avanzada por ser este conocimiento más complejo que el hablar una lengua; sin embargo, parece que ocurre precisamente lo contrario, que aprender una lengua (su funcionamiento) es mucho más complicado. Una lengua se aprende rápidamente debido a la *capacidad humana de hablar*, que es idéntica a las de caminar y de alimentarse, o a la que tienen los pájaros para volar. De hecho, no se *aprende* a hablar sino que se *empieza* a hablar, se empieza a poner en práctica un proceso que estaba latente: unir significantes con significados, y a éstos entre sí. Por esta razón, cuando se investiga el *lenguaje* en general, coinciden los lingüistas y los filósofos. Si Jakobson ha dicho que la tarea de la *lingüística* es explicar la relación que existe entre un signo verbal y su contexto, Jerrold J. Katz (filósofo) afirma que "la premisa fundamental de la filosofía del lenguaje es que existe una estrecha relación entre la forma y el contenido de la conceptualización y que la tarea específica de la filosofía del lenguaje es, por lo tanto, la de explorar esa relación y establecer todas las ilaciones acerca de la estructura del conocimiento conceptual que pueden establecerse sobre la base de cuanto se sabe respecto a la estructura del lenguaje".

Como vemos, *la teoría del lenguaje y la lingüística general* llegan a desarrollar su trabajo sobre el mismo objeto formal y se apoyan mutuamente, porque pretenden encontrar lo que las lenguas humanas tienen en común. De cada una se abstraen los rasgos comunes. Estos últimos no se entienden necesariamente como correspondencias exactas, sino sólo como semejanzas parciales en los elementos lingüísticos, y/o en los patrones formales. Leibnitz había señalado este camino de investigación hace mucho tiempo, cuando afirmó que las lenguas humanas son el mejor espejo del espíritu humano, y que un análisis exacto de la significación de las palabras (las lenguas) sería mucho más útil que cualquiera otra cosa, para conocer las operaciones del entendimiento.

Las características del lenguaje humano

Existen aspectos o características que se repiten en las distintas lenguas. A ellas se han referido en diferentes momentos de la historia, tendencias científicas y autores diversos, partiendo desde





distintos puntos de vista. Así por ejemplo, el Racionalismo Francés hizo notar tres: a) *Es innovador* (gran parte de lo que hablamos es nuevo, en cuanto que sus elementos y la forma de combinarlos, en escasas ocasiones repiten exactamente patrones oídos; este carácter innovador no se reduce a la mera "analogía" porque el número de frases que podemos producir y entender sin mayor explicación, es prácticamente infinita). b) *No está sujeto al control de los estímulos externos* (el hombre puede reflexionar sobre lo pasado, hablar de lo futuro y crear sistemas científicos abstractos; asimismo, puede expresar sus sentimientos). c) *Es coherente y se adecúa a la situación en la que se emite* (se distingue fácilmente el uso normal de una lengua, del uso patológico o defectuoso intencionalmente; la inadecuación del habla a las circunstancias en las que se usa interrumpe la comunicación, porque altera los procedimientos usuales de construir los mensajes; en estos casos, lo que se dice no presenta secuencia ni con los hechos que se viven, ni con los mensajes anteriores o posteriores).

Estos tres aspectos los podemos encontrar en las lenguas humanas. Son principios generales de funcionamiento de todo estado lingüístico; es decir, son *pancrónicos* y, por esta razón, la *lingüística general* trata de ellos. A esta ciencia Ferdinand de Saussure le asignó la tarea de "buscar las fuerzas que están en juego de una manera permanente y universal en todas las lenguas, y extraer las leyes generales a las que se pueden llevar los fenómenos particulares".

A fines del siglo XIX, otro lingüista alemán, G. von der Gabelentz, se propuso encontrar los rasgos que distinguen el lenguaje humano, del lenguaje de los animales. Sus conclusiones fueron las siguientes: a) todo lenguaje necesita tener un *propósito claro y definido* como punto de partida de cualquier manifestación lingüística (es decir, debe de existir un deseo, en el emisor, de manifestarse); b) cada uno de los elementos que sirven para la comunicación debe *poseer significación permanente*: cada elemento debe ser idéntico a sí mismo y ser capaz de repetirse en otros casos, semejantes o distintos; c) las manifestaciones lingüísticas deben prestarse a la *divisibilidad* en su representación y en su expresión: todo mensaje lingüístico humano debe tener la posibilidad de ser analizado en elementos menores, puesto que es una *construcción*.

De estas características —distintas de las señaladas por los racionalistas franceses—, las dos primeras podemos encontrarlas en la comunicación que establecen los animales entre sí; pero la tercera es exclusiva de la comunicación humana.

No puede afirmarse que una serie de ladridos o maullidos formen una frase porque no hay (o por lo menos no se ha encontrado) una relación específica entre los sonidos emitidos. No se puede remitir, cada elemento, a un código determinado. Podemos entender en ellos un mensaje global y muy primitivo (según

sea el tipo o la duración de los ladridos por ejemplo), pero el conjunto de ellos no es analizable en unidades comunicativas inferiores, ni en el nivel de significantes (ruidos) ni en el de significados (mensajes).

De esto podemos concluir que el hombre es el único animal que tiene la capacidad de conceptualizar; es decir, de elevarse de la representación material a la representación simbólica del universo. Ya Ernesto Cassirer, en su obra *Filosofía de las formas simbólicas*, nos recuerda que el animal no puede pasar del simple juego del estímulo y la respuesta inmediata, porque carece de la capacidad de crear representaciones mentales intermedias.

Sobre la tercera característica señalada por G. von der Gabelentz, André Martinet ha elaborado una interesante teoría que ha llamado *La doble articulación del lenguaje humano*. Con ella muestra que tanto los ruidos como los contenidos que empleamos para hablar, pueden analizarse en elementos menores, cuyas unidades llama *fonemas* y *monemas* respectivamente. El y otros autores, atribuyen a esta *doble articulación* la característica de ser la línea divisoria entre las comunicaciones humana y animal.

Las funciones del lenguaje humano.

Otros autores han emprendido diferente camino para estudiar el lenguaje. Han observado los usos que hacemos de él y analizado para qué nos sirve y en qué situaciones lo empleamos. Así Karl Bühler, en su obra *Teoría del Lenguaje*, dice que hay tres modos de considerar los mensajes según se refieran preponderantemente al *yo*, al *tú* o al *él, ella* o *ello*. En cada caso, dice, el lenguaje cumple diferente función; las llama *expresiva*, *apelativa* y *representativa* respectivamente. Pueden convivir en un mismo mensaje, pero normalmente una de ellas aparece de manera preponderante. No se excluyen necesariamente.

Un poeta, por ejemplo expresa fundamentalmente sus sentimientos personales; en sus mensajes se hace evidente la *función expresiva* porque están centrados en el *yo* (lo que siento, lo que pienso, lo que veo). En estos comunicados podemos observar la posibilidad que tiene el lenguaje humano de aislarse de la realidad y crear su propio mundo de valores, semejante o no al mundo objetivo. En este mundo del *yo* los mensajes se tornan fantásticos e infinitos en sus posibilidades de combinación, puesto que sus límites no están dados por la realidad, sino por la imaginación del hablante.

Un ejemplo de lenguaje en *función apelativa* son los mensajes de mando. En estos casos se habla no para expresar algo que *yo siento* —aunque esto puede ser incluido—, sino para lograr que la persona a quien va dirigido el mensaje, reaccione en una forma determinada. En este caso están también los mensajes irónicos con los cuales se busca incomodar al destinatario. En unos y en otros





—de mando e irónicos— el *tono* en que emitimos los mensajes es muy importante (enérgico o burlesco), porque con él tratamos de evitar que el oyente reflexione y esto posibilite una desobediencia, en el caso de la orden; o se dé cuenta, en el caso de la burla, que el mensaje no coincide con la realidad. En esta función el *tú* adquiere relevancia entre las otras personas gramaticales.

Existe también una función intermedia entre estas dos, o más bien, una mezcla de la *expresiva* y la *apelativa*; con ella insultamos o “acariciamos” verbalmente a los demás. Cuando utilizamos el lenguaje en esta función, por una parte, hacemos hincapié en el *yo* (lo que *yo* siento por ti); y por otra, deseamos que el *tú* sea halagado u ofendido. En esta función lingüística usamos las palabras más radicales que conocemos, tanto positivas como negativas. La convivencia de términos radicales de signos contrarios, en muchos casos origina curiosas simbiosis de unos hacia los otros y viceversa; los términos agresivos se utilizan para demostrar cariño y los términos cariñosos, para ofender. Es, en los dos casos, una relación *yo-tú*, problemática o satisfactoria según el caso, que permite al lenguaje la adopción de construcciones y términos aparentemente contradictorios.

Por último, en el lenguaje científico encontramos un ejemplo excelente de la *función representativa*. En él, la referencia a los hechos científicos y a las relaciones que se establecen entre ellos, adquiere el primer lugar en la comunicación. La importancia recae en la tercera persona: *ello*; y las apariciones que puedan hacer el *yo* o el *tú* en el mensaje son secundarias. Baste pensar en la

importancia insignificante que puedan tener estas dos últimas personas en el sistema representativo de la lingüística moderna.

Roman Jakobson, por su parte, ha completado este modelo triangular que de la funciones lingüísticas hizo Bühler. Afirma que a cada uno de los factores que intervienen en el proceso lingüístico (y que son: emisor, receptor, contexto, mensaje, contacto y código) corresponde una función lingüística. Así a la función centrada en el *emisor* la llama *emotiva*; con ella manifiesta el hablante su afectividad, utiliza diferentes entonaciones y varía mucho el ritmo del mensaje para transmitir sus propias experiencias. Al *receptor*, corresponde la *apelativa* o *conativa*; con ella se busca provocar reacciones en el oyente. Al *contexto* corresponde la *referencial*, llamada también de elaboración del pensamiento; por medio de ella el hablante se refiere a algo o a alguien. Al mensaje corresponde la función *poética*; en ella se pone la atención principal en el mensaje mismo. Advierte Jakobson que no debe limitarse la función poética a la poesía ni el análisis lingüístico de la poesía a la función poética. En ella el hablante decide la mejor configuración del mensaje. Al *contacto* corresponde la función *fática*. En ella, el lenguaje sirve sólo para mantener contacto acústico entre los interlocutores. Un ejemplo es el caso de la persona que oyendo hablar a otra durante un tiempo, intercala a espacios regulares la afirmación: *sí... sí... sí*. Y, por último, al *código* corresponde la función *metalingüística*. En ella, el hablante se sirve del lenguaje para hablar sobre el lenguaje. *Vgr: alto*, es un adjetivo.

Así pues, el conocimiento de las *funciones lingüísticas* es otro ángulo de acercamiento que nos permite conocer la naturaleza del lenguaje humano, instrumento de una versatilidad extraordinaria que nos sirve para ordenar, para categorizar, para representar y para comprender el mundo que nos rodea.

La gramática generativa transformacional

La teoría del lenguaje se ha visto enriquecida en los últimos años por las nuevas hipótesis que Noam Chomsky propuso en 1957, en su obra *Las estructuras sintácticas* y que en trabajos posteriores ha ido modificando. *La gramática generativa transformacional* ha dotado a las investigaciones sobre el lenguaje de gran precisión y exactitud. Su objetivo final es encontrar las características fundamentales de la inteligencia a partir del análisis de la expresión. Por eso, para este autor, *la lingüística* es una rama de la psicología.

Esta teoría parte de la observación de dos características peculiares que posee el aprendizaje de la lengua, sobre todo en los niños. Afirma, en primer lugar, que hablar una lengua es manejar una estructura muy particular, por cuanto que significa adquirir y dominar un sistema muy complejo de reglas con tal fluidez, que permita al hablante el uso libre e inconsciente de ese sistema. En



segundo lugar, observa que hasta los niños tontos poseen la capacidad de expresarse, es decir, el dominio del complejo sistema lingüístico.

De las dos premisas anteriores concluye que el dominio de los abstractos sistemas lingüísticos por parte de los niños, parece tener su origen en una particular capacidad para aprender a hablar que tiene la naturaleza humana; porque el sistema de reglas que un niño normal puede asimilar en poco tiempo, es extremadamente rico, abstracto y distante de su naturaleza y de los datos de la experiencia que posee en esa edad. Además, el niño habla cuando su conocimiento de las cosas y su experiencia son muy reducidos todavía; sin embargo, no obstante estas limitaciones, presenta una asombrosa adecuación de sus mensajes a la realidad y a los contextos en que los emite. Algo parecido ocurre con la capacidad humana de formular teorías científicas (descubrir sistemas seriados de reglas que nos llevan a un conocimiento preciso) partiendo de una experiencia fragmentaria y desordenada. Ambas, la adquisición del lenguaje y la formulación científica, parecen ser características inherentes al ser humano.

Si esto es así, piensa Chomsky que debe hallarse una teoría general de la lengua humana que sea independiente de los aspectos culturales de cada raza y que sea aplicable a todas las lenguas, porque el hablar refleja algunas o muchas propiedades de la naturaleza humana. Es posible, además, que el sistema lingüístico esté en íntima relación con otros sistemas de la conducta humana; que la lengua forme parte de un conjunto de sistemas que es el hombre. Por esta razón, afirma Chomsky que el estudio del lenguaje no debe aislarse del estudio de lo que lo rodea, porque es un fenómeno que depende y convive con otros semejantes.

Esta *gramática generativa transformacional* a la que se ha llamado "revolucionaria", nació como reacción contra el estructuralismo exclusivamente formal que durante el presente siglo ha dominado las investigaciones lingüísticas, principalmente en Norteamérica. Chomsky, formado en esa escuela, pronto reaccionó contra ella al darse cuenta de su incapacidad para explicar la comunicación humana verbal, de manera satisfactoria y total.

Los niveles del estudio o las ciencias lingüísticas

Hasta aquí hemos hablado de teorías que tratan de explicar el funcionamiento del lenguaje; pero también —y es el campo más desarrollado— *la lingüística* ha trabajado en el análisis minucioso de los mensajes; ha logrado separar sus elementos y clasificarlos, en diferentes niveles de análisis de manera muy precisa. Los resultados halagüeños a que se ha llegado en este terreno son el fruto de muchos siglos de esfuerzos.

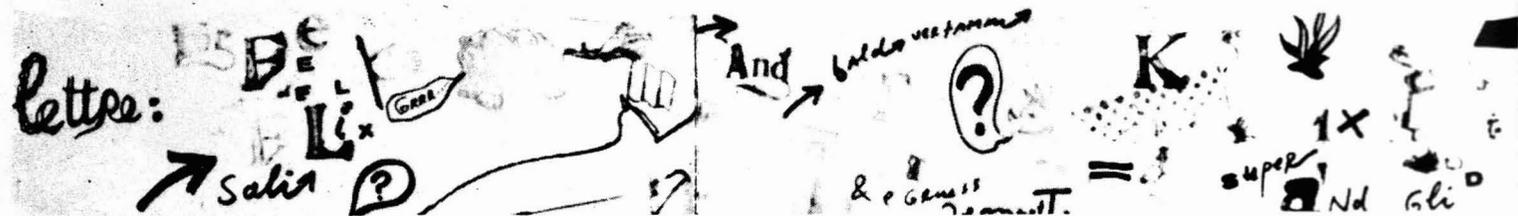
Equivocadamente, algunos afirman que *la lingüística* nació en este siglo. Nada más lejos de la verdad. Es cierto que el estudio del

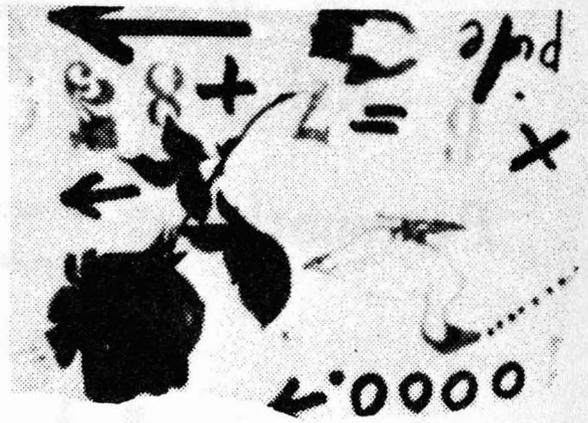


lenguaje se modificó de manera sustancial a partir de Ferdinand de Saussure, pero —él mismo fue sólo un organizador de conceptos que tradicionalmente se venían manejando en estas investigaciones. El dio coherencia a una serie de observaciones que encontramos de manera aislada en autores muy anteriores a él; por eso se le tiene como el iniciador de *la lingüística moderna*.

Los niveles del análisis lingüístico también se reconocieron desde los primeros momentos en que hubo reflexiones sobre el lenguaje, aunque entonces —obviamente carecían de la organización coherente que presentan en la actualidad. Basta recordar las asombrosas clasificaciones del sonido que pueden encontrarse en la obra *Astadyahyi* de Panini, antiguo libro clave de la cultura hindú, o las sutiles distinciones de Aristóteles en torno al género gramatical, o el esmerado cultivo de la sintaxis entre los romanos, para darnos cuenta de la conciencia que ha tenido el hombre, a través del tiempo, de los elementos que intervienen en su expresión verbal; y por lo mismo, de los diferentes niveles en que debe analizarse.

En la actualidad, estos conocimientos han llegado a tal grado de sistematización, que se tiene a *la lingüística* como una *ciencia pura* diferente de *la lingüística aplicada*. Algunos autores comparan las relaciones que hay entre estas dos lingüísticas con las que existen entre la química pura, por ejemplo, y la ingeniería química. Se mueven en planos distintos. El objeto de la primera es conocer el funcionamiento del lenguaje, y el de la segunda, aplicar estos conocimientos a un problema determinado: enseñanza de una





lengua, curación de un afásico, la ingeniería del sonido; o bien, a otros tipos de conocimiento como la antropología, la sociología y la filosofía, por ejemplo, así pues, la misión del lingüista es explicar sistemáticamente la expresión verbal; sus investigaciones deben tener por objeto *sólo* la lengua misma. Por esta razón es él quien ha señalado los planos en que debe analizarse el lenguaje; es decir, las ciencias que en conjunto forman la actual *lingüística*.

En todas las épocas, la fijación de estos niveles de estudio del lenguaje han partido de la dicotomía de elementos que presenta la comunicación humana: elementos que significan y significados que aparecen unidos a determinados rasgos físicos, en este caso, los sonidos. La distinción de estos dos niveles la encontramos en casi todas las culturas antiguas. Baste recordar las discusiones que se establecieron entre diferentes escuelas filosóficas griegas que defendían el carácter natural o arbitrario del lenguaje respectivamente: si los sonidos y los significados de las palabras se unían de manera necesaria o sólo arbitrariamente. Esto nos muestra que además de distinguir los niveles semántico y fonético-fonológico, investigaban ya la forma en que uno y otro se determinan.

También las culturas antiguas tuvieron conciencia de los niveles morfológico y sintáctico. Para esto debe recordarse la mención tan clara que hacen los antiguos gramáticos hindúes del juego de afixos y desinencias de que disponía su lengua; y ellos mismos, Prabhakara en particular, nos señalan que "la palabra aislada únicamente tiene sentido en la frase", es decir, que el sentido del comunicado le viene de la *construcción* que lo forma (nivel sintáctico).

Así pues, sin llamarlos por su nombre actual, distinguieron los niveles *fonético* (describieron sonidos humanos), *fonológico* (hicieron alfabetos), *morfológico* (conocieron la derivación), *sintáctico* (distinguieron los casos), *semántico* (buscaron etimologías) y *lexicológico* (clasificaron las palabras de acuerdo a su significación).

Fundamentalmente son éstos los mismos niveles que se conservan hasta la fecha en el estudio del lenguaje. Sin embargo, debe afirmarse que los adelantos actuales, en cada uno de ellos, distan mucho de los conocimientos que ellos poseían. Se han afinado notablemente los instrumentos de trabajo y las teorías que explican el habla humana. Esta, ha perdido su momentaneidad —principal obstáculo para su estudio— al poder conservarse en grabadoras. No se confunde ya la expresión escrita con la oral y se ha dado a la segunda la importancia que tiene. Se ha podido estudiar la artificialidad de la lengua escrita y se han señalado las limitaciones que tiene al usarla como modelo de expresión oral. Las ciencias que analizan el lenguaje en cada uno de los niveles señalados, han logrado deslindar con gran precisión su objeto y esto ha conducido a una compleja división en los estudios del lenguaje que a grandes rasgos es la siguiente:

La lingüística general estudia los caracteres comunes a todas las lenguas humanas. *La gramática* (tradicionalmente dividida en analo-

gía, sintaxis, prosodia y ortografía) estudia cada lengua en particular. Antiguamente *la gramática* sólo se ocupaba del uso correcto de los elementos de una lengua; actualmente se interesa por todos los usos que aparecen en un idioma, ya que los usos incorrectos son posibilidades que presenta ese sistema lingüístico, sólo que la sociedad no los ha aceptado como correctos. *La dialectología* estudia las diferentes *normas lingüísticas* de una lengua dada; es decir, los grupos de *hablas*, producidas por individuos que tienen algo en común dentro de una sociedad (igualdad por vivir en la misma ciudad, por pertenecer a la misma clase social, por vivir en la misma época, etc.) y *la estilística* se interesa por estudiar *el habla de una persona determinada*.

Como todas estas ciencias tienen por objeto material el lenguaje, cada una de ellas comprende estudios fonéticos, fonológicos, morfosintácticos y semántico-lexicológicos, por cuanto que son los diversos niveles en que puede considerarse la expresión. Ahora bien, cada uno de estos estudios puede hacerse limitándose a un momento dado de su historia (estudio *sincrónico*) o a través del tiempo (*diacrónico*); a un lugar donde se habla esa lengua (*sintópico*) o a todos los lugares en que se habla (*diatópico*); al *habla* de una clase social (*sinestrático*) o al *habla* de las diferentes clases sociales que forman una sociedad (*diatrático*).

Capítulo aparte forman los estudios que de manera global se han llamado *lingüística aplicada*. De ellos forman parte, por ejemplo, la adquisición y la patología del lenguaje, la traducción, la enseñanza de lenguas extranjeras, el bilingüismo, la traducción automática y otros. Estos temas se ocupan de aplicar los resultados de la investigación lingüística "pura" a diferentes realidades sociales e individuales.

Deben nombrarse, por último, los modernos campos interdisciplinarios que actualmente se integran entre varias ciencias para estudiar de manera más completa los objetos de estudio común. Están todavía en su primer momento de integración y van poco a poco encontrando sus métodos de trabajo. Entre ellos deben nombrarse *la psicolingüística*, *la sociolingüística*, *la etnolingüística* y *la lingüística cuantitativa*. Esta última se ocupa de las relaciones que existen entre la lingüística por una parte, y la lógica, la estadística y la teoría de la información, por la otra.

Es verdad que esta profusión de ciencias ha complicado los estudios del lenguaje, pero también es cierto que les ha dado un alto grado de precisión. Si pensamos que el conocimiento científico de un objeto consiste en "desarmarlo" cuidadosamente para encontrar sus elementos y las relaciones que éstos guardan entre sí, entonces podremos comprender cómo esta seriación de disciplinas o niveles de estudio ha permitido a *la lingüística* cumplir —por lo menos parcialmente— sus objetivos de manera efectiva; y entonces, también, comprenderemos la razón por la cual ha sido puesta como modelo de organización científica.

